



Todo empezó con un endecasílabo. No, tal vez un poquito antes, con un reencuentro en la red. Bueno, a decir verdad, todo se remonta a los primerísimos años ochenta, cuando el azar quiso que coincidiera con Ricardo, alias el Flaco, en aquella esquina y en aquel portal del Gótico de Barcelona que un grupo de músicos callejeros (profesionales y aficionados, buenos y menos buenos) compartíamos a diario. Tuvimos que cruzarnos alguna vez ya por aquel entonces, Alejandro y yo, pero aunque lo hemos intentado, no hemos conseguido vislumbrarnos el uno al otro en medio de la nebulosa que envuelve algunos de nuestros recuerdos de esa época. Según cuanto hemos podido reconstruir, él empezó a ser un *habitué* del Gótico justo cuando dejé de serlo yo. Y pasó el tiempo. Más de treinta años. En estos últimos, Facebook me ha permitido recuperar a algunos de aquellos amigos. En mayo de 2017, me trajo de vuelta al Flaco. ¡Qué emoción! Hubo un intenso intercambio de mensajes en el que tratamos de ponernos al día sobre lo que habían sido y estaban siendo nuestras respectivas vidas. No tardó en aparecer su queridísimo amigo Alejandro en nuestras conversaciones. Ricardo insistía en que teníamos que conocernos. Y nosotros le obedecemos, claro (¡cualquiera te lleva la contraria!, no por lo autoritario, que no lo eres, sino por lo pesado). Por una suerte de propiedad transitiva, enseguida hubo buena onda. Alejandro reunió en un grupo de Whatsapp a esos tres supervivientes que compartían (y comparten) un pasado remoto, cierta amargura nostálgica y el vicio de un juego: valerse del lenguaje para soñar. Inauguramos, pues, un espacio virtual donde mágicamente pudieron converger nuestras tres geografías cotidianas, tan distantes entre sí: la pampeana Santa Rosa de nuestro amigo Ricardo, Tarragona (en cuya provincia vive Alejandro) y mi Venecia. Tardamos muy poco en darnos cuenta de que esos tres topónimos juntos, los colocáramos como los colocáramos, formaban irremediamente un endecasílabo. Y ya estábamos jugando. Así me gusta recordarlo.

Los primeros sonetos que Alejandro escribió para el grupo (al que, por cierto, también se unirían Isabel y Adriana) son circunstancias. Es decir, surgieron de comentarios o de pequeñas vivencias que íbamos compartiendo día a día, y que él conseguía transformar

en poesía, para el gran deleite de todos. Una poesía cargada de humor y socarronería, pero, al mismo tiempo, tierna, delicada y vetada de tristeza. Si la pirotecnia léxica, la poetización de lo antipoético, el juego conceptista, etc., le confieren frecuentemente un carácter bien barroco, el registro conversacional, el contexto al que refiere, las situaciones que dibuja, la acercan en cambio a nuestra contemporaneidad (la de los cincuentones y sesentones que somos). El Ale llama a estos poemas zonzonetos. Yo no consigo verles lo zonzo, pero como el nombre queda simpático, así los llamamos todos. Desde buen principio, la habilidad de Alejandro para «hablar en rima» (y bien) me fascinó. ¡Y era tan divertido y emocionante esperar a ver cómo nos restituía una anécdota transformada en versos...! Hasta que se me ocurrió lanzarle otro tipo de reto: el pie forzado. Se trata de una modalidad de improvisación poética muy viva aún hoy en la poesía popular hispanoamericana: alguno de los presentes le propone un octosílabo al poeta repentista, quien debe improvisar una estrofa (frecuentemente, una décima espinela) que termine con dicho verso o pie. ¿Recordáis los *jukebox*? ¿Esas máquinas que tenían algunos bares y locales en las que metías unas monedas y ellas te las devolvían transformadas en canciones? De la misma manera, yo empecé a meterle endecasílabos inconexos a Alejandro y él los devolvía engarzados en sonetos repletos de significado. ¡Qué gozada!

Buscando la variedad en el juego y queriendo rizar el rizo, el paso sucesivo ya no fue proponerle endecasílabos independientes a modo de pies forzados, sino breves estrofas de sentido completo. El desafío consistía en conseguir glosarlas mediante un soneto. Y claro que lo conseguí (aun cuando mis estrofas no fueran demasiado afortunadas).

En un momento dado, tomamos conciencia de que los zonzonetos ya iban siendo muchos y buenos (de esto último hubo que convencerlo, a Alejandro). Era una pena que quedaran por ahí desparramados. Había que componer algunos más y, luego, recopilarlos todos en un librito que poder compartir con más amigos. Así que continuamos manos a la obra, tirando anzuelos y pescando sonetos. El

juego no terminará aquí (creo y espero); pero ha habido que ponerle un límite al contenido del volumen. ¡Y bueno! Lo que vaya naciendo valdrá para el segundo.

Zonzonetos anecdóticos, zonzonetos basados en pies forzados o zonzonetos-glosa. Así, en tres secciones según su origen, los hemos recopilado. No siempre ha sido obvia la clasificación, pues algunos poemas podrían incluirse con pleno derecho en más de una sección.

He dicho que el juego no terminará. Lo creo, porque hay inspiración para rato. Y lo espero, pues deseo que este toma y daca siga proporcionándonos placer y diversión; siga despabilando perezas mentales (la mía); siga dándole un vuelco al humor de los días nublados; y continúe sirviendo de antídoto contra soledades y de alimento para la amistad. Tener que pensar en qué contarle a Alejandro para que él lo versifique, o idear unos pies forzados para que los engarce, o componer una estrofa para que él la glose, o también pensar con él en cómo editar esta recopilación son pequeños proyectos a corto plazo. Pero supongo que, a cierta edad, son precisamente los proyectos modestos y a corto plazo los que resultan indispensables para seguir adelante sintiéndose vivo. Gracias, Alejandro. Ojalá tú estés sacando de todo esto tanto como yo. Y gracias a los amigos del grupo por acompañarnos en esta y en otras locuras inofensivas. A veces, jugar es algo realmente serio.

En la época del Barrio Gótico, entre los asiduos de la esquina de Santa Llúcia y el Carrer del Bisbe, se encontraba un muchacho llamado Luis Villalba, apasionado de filosofía, de literatura, de fotografía y de dibujo, y público incondicional de nuestra música. Se quedaron grabados en mi memoria su rostro sonriente y de expresión franca, su particular modo de reír, su máquina fotográfica, una tarde en que me hablaba de Bataille, sus hojas, lápices... Con posterioridad a mi “mudanza”, Luis siguió compartiendo mucha vida y amistad con Ricardo y Alejandro. El reencuentro con estos últimos llevó consigo también el recuperarlo a él. Me llega ahora una noticia que hace este proyecto más entrañable y, tengo por seguro, más interesante y valioso, y es

que Luis va a encargarse de realizar la portada y las ilustraciones del libro. Bienvenido y un millón de gracias también para ti, amigo.

Janet

Dice Perogrullo que, para empezar y después seguir, todas las cosas necesitan un comienzo. Pues bien, ese comienzo siempre llega desde afuera, no puede ser de otra manera. ¿Cómo no va a llegar desde afuera, si con todo es así, desde la primera leche de la infancia hasta el último aliento de la vida? El pájaro, para emprender el primer vuelo, necesita el aire y necesita alguna rama para reposar, porque, claro, no todo consiste en volar. El árbol, para ser árbol, necesita la tierra que horada y también la lluvia que lo moja. El fuego..., ¿qué le pasa al fuego? Pues también, para ser fuego necesita la chiribita voladora que cae, o necesita otro palito que venga a frotar el propio. ¿Y nosotros, humanos? Pues eso mismo, ni somos la excepción ni somos el bicho que encuentra su alimento en la borra de su propio ombligo. Janet, estos zonzonetos seguirían enterrados en la noche de la no existencia si no hubiera sido por cada una de las cerillas que acercaste al pabito, para que así se alzara esa llama temblona que dura lo que dura, apenas un minuto, que es el tiempo que dicen que se tarda en leer un soneto. El tiempo que se tarda en freír un huevo, con esa misma cocción y ese chisporroteo. Poca cosa..., pero peor es nada, ¿no? Sí, para evitar esa nada es que supimos juntar el anzuelo con la boca por la que vive el pez, la lasca con la hojarasca, la befa con la cenefa, la brisa con la risa. Cada propuesta tuya fue un boomerang de ida y vuelta, un nuevo reto cada vez, que lleva candela cuando va y trae candela cuando regresa. Sí, para eso, porque candela con candela son algo más que nada, se acercan para abastecerse y darse nuevo brío cuando la llama afloja. Para eso y... ¿para ser un poco más buenos?, ¿un poco más alegres?, ¿para estar menos solos? También, claro. Sobre todo para eso. Y también para que el tiempo no sea completamente esa vorágine que lo traga todo. Para que permanezcan

algunas pocas briznas de hierba en la orilla. No, no me voy a poner tonto ni sentimental, porque no quiero. Solo que..., gracias, Janet, por esos desafíos y esa fricción necesaria. Lo que salió de ahí es eso que ahí está, esas pocas migas para alimento nuestro y para que vengan a comer los pajaritos y las hormigas que quieran.

¿Y vos, Flaco? Desde allá, desde tu Pampa, como quien no quiere la cosa, como el prestidigitador despreocupado que suelta dos ratones en el ruedo, a ver qué pasa. ¿Pues qué va a pasar? Que se pusieron a bailar con la música que tocabas, ¿qué van a hacer ratona y ratón, si no eso mismo, dadas las circunstancias, para no perder ripio y vivir más contentos?

Gracias también a ti, Luis, por arrimar el hombro con esos bellísimos dibujos de fantasiosas y entrelazadas geometrías que tanto nos gustan. Desde aquellos años del Gótico hasta ahora, con esa complicidad que hemos convertido en nuestra patria real y que siempre será el pasaje que conecta la persona que somos ahora con la que entonces fuimos.

¿Ven ustedes? Somos dos, somos tres, somos cuatro y cinco y seis. Un grupito de amigos que disfrutamos de la amistad y que así, porque sí, hemos pensado que sería bueno compartir con otros estas ganas que ponemos en lo que venimos haciendo juntos. Porque, claro, en eso está la gracia, en hacer juntos, para que prenda y vuele esa chiribita de la que hablábamos y alumbra durante un instante las caras regocijadas de los reunidos. Vamos para allá, pues...

Alejandro

Aquí, Janet, me propusiste, ¡glups!, ese verso que... vaya..., siguiendo el ejemplo de eso que se hace con el pie forzado de la espinela. No lo entendí bien, yo pensé que tenía que seguir también la alternancia rimada de esa estrofa, hasta el décimo verso. Así, fruto de ese malentendido, nació la "zonzonetónela".

*¡Hey! ¿Qué va a pensar de mí la gente? La cosa fue así:
acababas de mudarte.*

A: Le voy a dar patada casi a todo. Un ajuar minimalista, como un haiku.

J: Si llevas a una mujer a casa, se te va a asustar.

F: ¡Vaya piojo!

A: Y bueno, después del susto yo la consuelo.

J: ¡Ah, amigo! ¡Entonces, es una táctica! ¿Tienes un lugar cómodo donde consolarla, al menos?

A: Sí, hay que ser novedoso. ¿Contra la nevera? [...]

J. Propongo el desafío del pie forzado, que se estila hacer con las décimas improvisadas, pero aplicado al soneto. Te lanzo este pie endecasílabo que has de colocar al final de tu poema: "Contra la nevera te doy consuelo".

Luego decidimos invertir el verso, por cuestiones rítmicas.

Te doy consuelo contra la nevera

Pasa... Ya sé, perdona por los trastos
que bloquean la puerta. ¡Con la danza
que llevo! A ver si acabo la mudanza
y recompongo el mimbre y los emplastos

de esta prófuga vida. ¡Qué canastos!
Digo yo que en algún lugar el cielo
debe estar despejado, con su vuelo
de alondras y su sol en la arboleda.

Cuidado..., por aquí, que se te enreda
ese tornillo estúpido en el pelo.
Lo dices bien, parece una leñera.

¿Vas a salir huyendo? No te alteres.
Ya que estamos..., ¿pues qué? Si tú lo quieres,
te doy consuelo contra la nevera.